

En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente


In the Ruins of Neoliberalism:

The Rise of Antidemocratic Politics in the West

Sofía Colias

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Correo electrónico: sofiacolias@gmail.com

 ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6131-1721>



Datos del libro: Brown, Wendy. *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tinta Limón, 2020, 224 páginas.

Palabras clave: Neoliberalismo, democracia, neoconservadurismo.

Keywords: Neoliberalism, Democracy, Neoconservatism.

Fecha de recepción del artículo: 15/03/2021 **Fecha de aceptación del artículo:** 20/05/2021

Para citación de este artículo: Colias, Sofía (2021). Reseña bibliográfica de *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente* de Wendy Brown. *Anacronismo e Irrupción* 11 (21), 617-626.

Wendy Brown es doctora en filosofía política por la Universidad de Princeton y es profesora de teoría política y teoría crítica en la Universidad de Berkeley en California desde 1999. Con influencias de Nietzsche, Weber, Foucault, el psicoanálisis y la escuela de Frankfurt, sus obras buscan diagnosticar las formaciones tanto modernas como contemporáneas del poder político con especial énfasis en sus entrelazamientos con el neoliberalismo, la gubernamentalidad y los estudios feministas. Algunos de sus libros publicados son *States of Injury: Power and Freedom in Late Modernity* (1995), *Regulating Aversion: Tolerance in the Age of Identity and Empire* (2006), *Walled States, Waning Sovereignty* (2010) y *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution* (2015).

Es por ello que, a estas alturas, Wendy Brown se nos vuelve un nombre ineludible cuando pensamos en las derivas actuales del liberalismo y neoliberalismo. Quizás ella sea una de las pocas autoras que no da por sentado este término y busca pensarlo en un sentido mucho más amplio que como un mero pacto entre actores reaccionarios de la política y la economía. De ello surge *In the Ruins of Neoliberalism: The Rise of Anti-Democratic Politics in the West*, publicado en 2019 en Estados Unidos bajo el sello de Columbia University Press en medio de la presidencia de Donald Trump. Este libro constituye una continuación de ese trabajo de diagnóstico de nuestro presente abordando la aparente contradictoria mezcla entre neoliberales y ultraconservadores que se presentan hoy con fuerza en la arena política estadounidense. Aquí Brown, justamente, llama la atención sobre cómo los nuevos procesos abiertos por el neoliberalismo habilitaron la avanzada de movimientos que ponen en jaque las instituciones democráticas.

Es necesario, establecer dos premisas que le sirven a la autora para encarar este trabajo. En primer término, Brown invita a pensar al Neoliberalismo no como una mera doctrina económica sino como un tipo de racionalidad política y un tipo de producción de subjetividad –temas abordados en su anterior libro *Undoing the Demos*–. Así concebido, el neoliberalismo es un proyecto político capaz de crear no sólo mercados, sino también un tipo de moral. Un tipo específico de

moral que hoy hace posible pensar el cruce entre los postulados neoliberales y el resurgimiento de movimientos sociales conservadores. En segundo término, la autora plantea que, si bien estas cuatro décadas de hegemonía neoliberal en Occidente nos condujeron hasta la situación en la que hoy nos encontramos, es necesario reconocer que nuestra realidad dista mucho de aquel ideal que los padres fundadores del neoliberalismo tenían en mente. Este libro, por lo tanto, va a diagnosticar aquellas consecuencias no intencionales del proyecto neoliberal y cada capítulo ofrece una explicación teórica sobre los dispositivos conceptuales que movilizó el neoliberalismo, pero cuya puesta en práctica termina pervirtiendo el objetivo primordial, hasta llevarlo en algunos aspectos a su realización contraria. La política a cargo de los nuevos movimientos de derecha en ciertas partes de Occidente utilizó los argumentos tergiversados del neoliberalismo sobre el libre-mercado que en juxtaposición con una recuperación de los valores morales tradicionales dieron a luz a una especie de proyecto político híbrido al que podemos apodar como neoliberalismo autoritario.

Así, la figura de “las ruinas” del título del libro es la propia hipótesis que guía toda la argumentación de Brown. Las ruinas significan aquello que los movimientos neoconservadores hicieron al apropiarse del ideal de la libertad y de los postulados neoliberales para con ellos avasallar todas las instituciones progresistas del Estado de Bienestar. Los cinco capítulos que conforman el libro trataran de dar cuenta de esta instrumentalización política que neoliberales neoconservadores ponen en práctica, así como los respectivos contrapuntos propuestos por la autora ante estos sucesos.

En el primer capítulo, “La sociedad debe ser desmantelada”, Brown comienza posicionándose desde una definición de democracia basada en la idea de igualdad. Una identificación que ella rastrea en las definiciones de la democracia desde los antiguos atenienses cimentada en las “tres I” –*isegoría*, *isonomía* e *isopoliteia*–, hasta la de Alexis de Tocqueville pasando por la de Jean

Jacques Rousseau. Una definición de democracia que se presenta más como un ideal, o siguiendo a Sheldon Wolin, un juicio político, pero que le es muy cara a los Estados-nación que en la modernidad comenzaron a autoproclamarse democráticos. Una democracia así, que se realiza en esfuerzos explícitos por parte del Estado por crear un pueblo capaz de autogobierno mesurado, que desactive las desigualdades económicas y sociales que atentan con la igualdad política, sin dudas, parece ser una democracia que está en otro lado; una democracia que es un ideal.

Ahora bien, esta idea de democracia necesita un espacio para desarrollarse y éste será el lugar de lo social. Una categoría imprescindible para la teórica estadounidense pero poco simpática para la tradición neoliberal. En este sentido, Hayek es retomado aquí como el mayor de los críticos hacia la idea de lo social y la sociedad en su conjunto. La sociedad es para Hayek aquel intento descabellado de controlar la vida colectiva en nombre de cierto proyecto común que ligaría los destinos de un conjunto de personas. Lo social, entonces, es una farsa, es aquel pretexto que los defensores de la justicia social utilizan para dirigir y diseñar la sociedad a su antojo, privándola de una verdadera libertad a sus miembros. Es por eso que lo social debe dismantelarse desde todos los frentes: epistemológicamente se le niega la existencia; políticamente se instrumentalizan los reclamos de libertad para desafiar los principios de igualdad; éticamente se desafía a la justicia social con la autoridad de los valores morales tradicionales y; culturalmente (y económicamente) se ataca el destino inevitable de la masificación a través de una hiperindividualización y un proceso de empresarialización y capitalización de los sujetos trabajadores.

Aquí el contrapunto ofrecido por Brown sostiene que lo social no debe ser dismantelado porque es precisamente allí, es en ese *ethos*, en donde las demandas democráticas pueden realizarse. Es preciso, por lo tanto, que se quite el velo que hace ver lo social como asistencialismo o mera solidaridad y proponer

a este como ese espacio común en el que la libertad se hace democrática, es decir, unida a la conciencia social y anidada en la igualdad política.

En el segundo capítulo, “La política debe ser destronada”, partiendo del ascenso de los movimientos de la derecha antidemocrática en la última década, la autora se pregunta sobre qué cuota de responsabilidad tiene cuatro décadas de racionalidad neoliberal sobre este hecho. Teniendo como objetivo el desprenderse del estado social, aislarse de los intereses oportunistas de los políticos pluralistas y las demandas de una ciudadanía politizada, el pensamiento neoliberal critica tanto a la democracia como al ámbito de lo político. En este sentido, Brown va a introducir las tres posturas –dos de los intelectuales más notorios del neoliberalismo y una tercera atribuible a la corriente ordoliberal–, que más explícitamente difundieron este ataque hacia lo político. En tanto Milton Friedman promueve la instauración de un Estado neoliberal mediante la política democrática –entendida someramente como el mecanismo de elección–, Hayek, por su parte, es quien más ha contribuido al pensamiento sobre los excesos de la democracia. Para él, la soberanía popular es el mal que el absolutismo del siglo XVII lega a los contractualistas y consecuentemente al pensamiento democrático. El poder político, mientras se presume limitado por el control democrático, no es más que la imposición de la mayoría a través de aquel acto decisonal schmittiano que crea una sociedad bajo preceptos de ingeniería social. En contra de esto, Hayek postula que la sociedad deviene tal en tanto sus miembros siguen normas de conductas ya compartidas y el poder político se limita por esos mismos principios mantenidos comúnmente, eliminándose así la soberanía popular. Aquí, en la aceptación de estos principios de conducta aceptados y compartidos es sobre la cual se asienta la libertad para Hayek, produciéndose así la contradicción propia del neoliberalismo que tanto la izquierda como Brown le reprocha: el procedimiento de apuntalar las libertades individuales está acompañado simultáneamente por una expansión de la moralidad tradicional.

Los ordoliberales, por su parte, no rechazan la idea de soberanía popular ni al Estado, sino que buscan desdemocratizar y reemplazar a este último por un aparato tecnocrático dedicado a la instauración de una economía liberalizada y competitiva. Ahora bien, aquí la autora señala que este modelo de liberalismo autoritario que las tres corrientes buscaron instaurar no fue llevado a la práctica y que hoy en día tenemos a masas movilizadas por preceptos demagógicos y nacionalistas apoyando a caudillos autoritarios que encabezan Estados cada vez más instrumentalizados por el capital. Estas plutocracias, tan alejadas del sueño neoliberal, son el resultado, para Brown, de la falla en la teorización y subestimación de la esfera política que los liberales habrían copiado de los marxistas. Su contrapunto se basa en que la lectura de la libertad que hacen las tres posturas liberales, tan sesgadas en considerar la libertad como apolítica y enemiga de la coerción, conducen a estados cada vez más autoritarios que restringen la vida política, la esfera pública, y las instituciones sociales. Espacios que paradójicamente constituyen los lugares en los cuales se puede revertir el movimiento autoritario y generar más libertades para todos. Estas cuatro décadas de avanzada neoliberal degradaron la vida política y desmantelaron las instituciones y conquistas del estado social/de bienestar, demostrando que la libertad solo pasa y es posible, allí, en la vida pública política.

En el tercer capítulo, “La esfera personal debe ser extendida”, la autora va a restituir las relaciones que se han estudiado desde la academia entre el neoliberalismo y el neoconservadurismo en relación con la derecha, y va a dar cuenta de cinco modos. Sin embargo, ninguno de ellos ha logrado restituir el lugar que la moralidad tradicional tiene al interior de la razón neoliberal. Quien sí lo ha logrado fue Hayek mismo, quien considera que tanto los mercados como la moral son órdenes espontáneamente evolucionados transmitidos por la tradición. Así, el orden social perfecto para el intelectual neoliberal es aquel que se funda en la tradición, entendiendo por ésta a las mejores maneras de vivir juntos que la evolución de las interacciones humanas ha desarrollado a través de

la conformación voluntaria. Esto es, la conducta habitual de los seres humanos desplegada por la libertad de sus acciones que confirman ciertas reglas de conducta. El poder político, por lo tanto, no debe intervenir en la tradición ni en los mercados, siendo estos últimos una forma de tradición. Sino que, despojado de la soberanía y del interés popular, el poder político se encarga de generar reglas universalmente aplicables, desligarse de cualquier responsabilidad y refutar la igualdad y la justicia social. Ahora bien, existen 3 técnicas para lograr que los estados neoliberales puedan entronar a la moral tradicional sin pecar de moralista, a saber: limitar el poder legislativo evitando que dictamine sobre políticas de interés público, desacreditar el discurso de la justicia social por sus tintes totalitarios y expandir –y aquí está la verdadera innovación y legado de Hayek–, aquello que llama la “esfera personal protegida”. Mientras las dos primeras son límites directos al Estado –y que son los que se han tratado en los capítulos anteriores–, la tercera constituye la pista clave para entender como el moralismo tradicional es formateado en términos de libertad. El mecanismo consiste en agrandar el dominio de la esfera privada de las personas con el objetivo de depositar allí todas aquellas actividades que en tanto privadas salgan del control del estado y de las leyes democráticamente sancionadas. Esta ampliación de la esfera personal protegida de lo político y de lo social, habilitan a la moral tradicional a reconquistar lo social y estos intentos servirán como ejes de los próximos dos capítulos.

Aquí Brown vislumbra que la restauración del liberalismo supone un proyecto moral que actúe simultáneamente a la desregulación económica. El neoliberalismo en su devenir histórico supone un neoconservadurismo y esto tiene efectos no solo en la escalada de violencia social e intolerancia hacia todo aquello que desestabilice a la supremacía blanca occidental; sino también en la producción de populismos de derecha con tintes autoritarios.

Uno de los ámbitos en los cuales la moral busca recolonizar lo social y desplazar a la democracia es en la justicia y éste será el tema del cuarto capítulo,

“Tortas de casamiento que hablan y centros de salud reproductiva que rezan: libertad religiosa y libertad de expresión en la jurisprudencia neoliberal”. La jurisprudencia neoliberal dio luz a un poderoso artilugio político-legal vía el entrelazamiento de la libertad de expresión con la libertad de conciencia, a través del cual la protección de cualquiera de ambas puede hacer tambalear a cualquier ley a favor de la igualdad. En este capítulo la autora va a tratar dos casos en los cuales la justicia estadounidense está usando la Primera Enmienda – derecho a la libertad de expresión–, para privilegiar la moral tradicional y para socavar determinaciones democráticas de igualdad y de justicia en la vida comercial, pública y social. Por un lado, va a trabajar el caso de un pastelero que se niega a realizar el pedido de dos hombres de que les hiciera una torta para su fiesta de casamiento, y por otro los centros de salud pro-vida que se hacen pasar como centros de salud reproductiva.

Cada caso muestra como la Corte Suprema de Estados Unidos falla a favor de quienes buscan disfrazar sus creencias religiosas como actos de libertad de expresión. En tanto se pone el foco en los actos y en los discursos se evaden así las leyes antidiscriminatorias. Esta distinción entre acto/discurso y persona es el dispositivo que permite que la objeción religiosa no aparezca como antidiscriminatoria al perpetrar la desigualdad: así se protege la libertad y se rechaza el igualitarismo defendido por el Estado. Esto permite a los objetores evitar la complicidad con un acto considerado por ellos como pecaminoso –el matrimonio entre personas del mismo sexo y el aborto–, a la vez que evita que sean acusados de fundamentalistas intolerantes. Estos casos son ilustrativos ya que en ambos la Corte está permitiendo que el vehículo de la libertad de expresión facilite el escape del cristianismo conservador de la esfera privada para convertirse en una fuerza en la esfera comercial y pública.

Brown presenta estos dos casos para mostrar la operación de los movimientos conservadores que a través de tildar todo como discurso, filtran sus creencias religiosas y valores morales a la esfera pretendidamente pública de las

democracias liberales actuales. Esta estrategia de convertir todo en objeto de “mi” libertad de expresión, despersonaliza el hecho y agranda la esfera personal protegida desdemocratizando la vida en sociedad -tal como Hayek soñaba-.

En el quinto y último capítulo, “No hay futuro para los hombres blancos: nihilismo, fatalismo y resentimiento”, Brown va a analizar la operación psíquica que prima en la avanzada nihilista que proclama el neoconservadurismo neoliberal. Retomando a Nietzsche, promulga a este movimiento como nihilista dado que los valores se instrumentalizan políticamente al perder todo fundamento último, y en este mismo movimiento se convierten en armas políticas y marcas comerciales. Esto, además, está acompañado de un proceso al interior de la psiquis que la autora rescata de Herbert Marcuse y que se denomina “desublimación represiva” de la voluntad de poder. Los valores liberados de la fuerza superyoica de la conciencia, de la culpa y de la preocupación por los otros, hacen que la voluntad de poder se vuelva para afuera en un acto ilimitado de ejercicio de poder. Si consideramos estos postulados en vistas del resentimiento de la masculinidad blanca occidental destronada por los movimientos progresistas, podemos leer a la situación actual como la instrumentalización de ese rencor en la esfera pública. Esta configuración psíquica de los individuos neoliberales explica en parte la avanzada agresiva de las nuevas/alternativas derechas y su consigna palpablemente fatalista aunada bajo la consigna “si el centro del mundo deja de ser el hombre blanco occidental, entonces que deje de existir el mundo” o “quiero porque puedo, porque no creo en nada y no soy nada más que mi voluntad de poder”. En este giro es precisamente donde el nihilismo se intercepta con el neoliberalismo:

la combinación del desprecio del neoliberalismo de lo político y de lo social y una masculinidad herida desublimada, juntos generan una libertad desinhibida que es el síntoma de la destitución ética, aunque por lo general se disfrace de virtud religiosa o de melancolía conservadora de un pasado fantasmático (2020, p. 197)

Brown en este capítulo moldea cierta intuición acerca de una moralidad neoliberal basada en tres pilares: el nihilismo (no hay valores últimos y por eso los usamos políticamente), fatalismo (el mundo de la masculinidad blanca occidental se acaba entonces destruyamos todo) y resentimiento (el rencor y la rabia producidos por este destronamiento se convierten en políticas de venganza hacia aquellos a quienes los desplazan: feministas, multiculturalistas, globalistas, etc.). Ante esto concluye que el neoliberalismo no solo tiene un proyecto de liberalización económica acompañado por un ensanchamiento de la esfera privada avasallando los derechos conseguidos en pleno juego democrático, sino que también se sirve de cierta disposición psíquica particular de los individuos del capitalismo tardío. Así, el neoliberalismo no pudo afianzarse probablemente hasta que se hubiera alcanzado un avanzado estado de nihilismo, convirtiéndolo en una teoría y práctica social nihilista construida sobre la desacralización y que al mismo tiempo la fomenta. Ante esto Brown se pregunta qué tipos de crítica política y de práctica de izquierdas son necesarias para vencer esta tendencia, dejando(se) un desafío teórico político que debe ser atendido para revertir esta situación actual.